

exposición internacional de Chicago, donde se han dado cita todos los pueblos del globo, los habitantes de San Luis Potosí han querido conmemorar, de una manera enteramente local, fecha tan memorable, para cuyo efecto se ha puesto en actividad envidiable toda la masa social.

Habiendo partido la iniciativa de los estudiantes, simpático núcleo de las esperanzas y del porvenir, y encontrando eco en ilustradas inteligencias y patriotas corazones, el éxito tenía que ser seguro y ya vemos cómo el pensamiento ha tomado forma y San Luis Potosí celebrará por fin sus fiestas de la civilización, dando con esto saludable ejemplo á los demás Estados de la República y aun á muchas de las naciones más cultas.

Usted, Antonio, que ha tomado en esta parte tan activa como corresponde á su sólida ilustración y como lo comprueban sus hermosas iniciativas, debe sentir legítima satisfacción al ver cómo sus esfuerzos por el progreso y prestigio de nuestro Estado son coronados por halagüeños resultados.

Fundado en nuestra leal y antigua amistad he querido dirigir á Ud. esta carta, que aunque en forma bastante incorrecta sirva de intérprete á los sentimientos que me animan y para manifestar de alguna manera mi profunda simpatía y adhesión á esa culta sociedad por su noble actitud socorriendo al desgraciado y glorificando al genio.

Su afectísimo amigo y compañero

Dr. Leopoldo Viramontes.

LA EDUCACION DE LA MUJER.

Composición leída por su autora Srita. Profra, Guadalupe Vazquez Castillo en la undécima Conferencia Colombina en el teatro Alarcón de San Luis Potosí, la noche del 3. de Octubre de 1892.

Cuando contemplo á la mujer en las variadas manifestaciones de su existencia, cuando examino el trascendental papel que en el mundo desempeña, no puedo menos de sorprenderme al considerar cómo en otras épocas y aun quizá en este siglo del progreso, se ha visto con tanto abandono su educación.

Yo la contemplo niña, y en medio de sus juegos infantiles la veo preponderando sobre el hombre é imperando en él, de tal manera, que ella sola es quien hace combinaciones más ó menos caprichosas para la realización de sus deseos; siendo el instrumento principal de que se vale, la condescendencia de su compañero. La examino en la juventud, y ella es la única que puede llenar las aspiraciones de un corazón ardiente; es la única que puede conseguir se hagan, por obtenerla, esfuerzos heroicos, sacrificios inauditos, y quizá, quizá se lleven á efecto crímenes horrendos. La veo en aquel periodo

en que para ella acabaron las pasiones, la contemplo como Señora de un hogar, y entonces mi asombro no alcanza límites; pues allí encuentro agrupadas dos grandes influencias: la que sobre la niña y la joven han ejercido la sociedad y la familia, y aquella que la mujer devuelve á la familia y á la sociedad.

¿Cual será el medio mas apropiado para que estas influencias sean benéficas, para que la humanidad marche por las vías de verdadero progreso, para que pueda llenar de una manera cumplida su destino?

Nadie podrá negar, que así como el labrador necesita preparar el terreno que ha de recibir en sus entrañas un insignificante grano, grano que vá á producirle mas tarde los frutos que apetece, así como es necesario que la semilla se mantenga á cubierto de cuantos elementos pudieran perjudicar su naturaleza; así como una vez brotada la pequeña planta hay que preservarla del viento que la troncharía, de la lluvia que podría ahogarla, del sol que la abrazaría en sus llamas, así la mujer, pequeña é insignificante á los ojos de muchos, principio de la sociedad, asiento en que ésta se solidifica, germen fecundo del universo, ha menester, cual el pequeño grano á que he aludido, una preparación conveniente, una mano bienhechora que la preserve del furor de las pasiones y de las terribles tempestades que continuamente se agitan en torno de ella.

!La educación de la mujer! He aquí comprendida la cuestión por excelencia para el adelantamiento de los pueblos.

Pero, ¿que es la educación? ¿que la mujer? S para definir la educación hiciera uso de cuantas reglas se han dado desde el fundador de la pedagogía antigua, Platón, hasta Pestalozzi y Froebel, ciertamente que no me bastarían los breves momentos de que puedo disponer para enumeráros las. Me basta solo decir que aunque de tantas maneras se ha definido, todos convienen en que su objeto es preparar la humanidad para que cumpla debidamente su destino.

Y la mujer ¿qué es? ¿cómo podré definirla sin que se crea que por pertenecer á su sexo trato de censurarla ó de prodigarle lisonjas? Diré, como muchos repiten de continuo, que es el único bori6n que se encuentra en la obra admirable de la humanidad, que es la veleta colocada en el hermoso edificio que el Omnipotente levantara en el hombre; Diré, por el contrario como otros agregan, que para escribir algo sobre esta bella porción del género humano, hay que arrancar las plumas al amor y humedecerlas en el sentimiento?

No, nada de eso diré, por que tales maneras de pintar á este ser son en extremo exageradas. Sólo sí, que la mujer, como el hombre y todo lo que en el mundo se halla, ha sido creada para algún fin, que ella, como el hombre, se encuentra provista de los medios que deben poner en práctica para realización de su fin, y que por lo tanto, ella lo mismo que el hombre tiene no solo la necesidad sino el derecho de reclamar se le impartan los mismos cuidados las mismas atenciones que á éste se prodigan. si dijéran os, el destino de cada criatura, es como

puede llevarse á efecto su educación; la que, para llamarse perfecta, siquiera sea de un modo relativo, no ha de separarse nunca de la naturaleza constitutiva del sér que se trata de formar.

¿Y cual es la naturaleza, cual el objeto final de la mujer?

Nada mas hermoso y al mismo tiempo nada mas trascendental que su misión. ¿La véis velando inquieta el sueño de un ángel que se oculta entre las espumosas cortinas que cubren su cuna? ¿La contempláis oprimiendo contra su pecho la cabecita de su pequeño é imprimiendo en su frente un ósculo santo y puro como es el ósculo de la madre? ¿La admiráis por que solícita no solo atiende sino prevee las menores necesidades de su hijo? Pues en todas estas circunstancias que á primera vista nos ponen únicamente de manifiesto las condiciones peculiares que constituyen la naturaleza de la mujer, el manantial inagotable de amor que en su corazón se alberga la abnegación sin límites que posee, debemos observar no sólo la prodigalidad con que el Omnipotente la obsequiara al repartir sus dones, dones que por otra parte le eran indispensables para llevar su difícil tarea, sino los primeros pasos, los principios iniciales de que hace uso para la realización de esta misma tarea.

En medio de esas manifestaciones amorosas, apacibles y tranquilas unas veces, otras ardientes, llenas de fuego, mirad cómo su caracter, como su alma, como todo su sér encuentra un eco en aquel pedazo de sus entrañas; y sin pre-

tenderlo muchas veces, aun queriendo evitarlo las mas, aquellos defectos que le son propios se van manifestando, aunque modificados, en el niño que estrecha entre sus brazos.

La experiencia de cada día nos demuestra cuán imperiosa es la necesidad de preparar á cualquier individuo para que desempeñe convenientemente su misión.

Jamás permitiríamos que la salud de uno de nuestros deudos se pusiera en manos de quien no se ha dedicado con asiduidad al estudio de la medicina; no toleraríamos que nuestros intereses, que el arreglo de nuestros negocios por sencillos que fueran, se confiase á un individuo de quien puede dudarse falle en justicia, puesto que nunca se le ha visto consultar un autor de jurisprudencia, sino que se guía solamente por lo que su razón natural le dicta; aun tratándose de la mujer, no pondríamos en sus manos unos cuantos metros de tela ni le fiaríamos la preparación de nuestros diarios alimentos, si antes no estuviésemos convencidos de su pericia, satisfechos de su habilidad.

Y bien, ¿será posible creer que en algunas ocasiones haya preocupado más la pérdida de un negocio, el mal empleo de unas tres varas de lienzo, lo mal sazonado de algún manjar, que la educación de una familia?

Creo que no; y más bien debe pensarse que si por tanto tiempo se vió la mujer sumergida en la ignorancia, en el más supino abandono, debe haber provenido no ya de la mala voluntad que para ella se tuviera, sino de la poca refle-

ción que se consagrara al estudio de su naturaleza tal cual ella es.

Ya que ahora conocemos mejor á la mujer ya que, gracias á las luces que nos ha dado el cristianismo, la consideramos como un sér racional y no como una mera cosa; ya que, por último, convenimos en lo que tantos grandes hombres han dicho y tantas veces han repetido, que el progreso de la sociedad depende de la familia, la que á su vez lo debe al amor y y los cuidados de una madre; hagamos por que ese amor y esos cuidados no sean producto de un crecimiento natural y espontáneo, sino un amor guiado por la razón convenientemente ilustrada; unos cuidados sujetos al conocimiento del sér que los recibe, teniendo en cuenta la naturaleza de sus distintas facultades, del orden de su generación, el mayor ó el menor grado de improtancia con que se manifiestan, sin perder nunca de vista el todo armónico que ha de constituir el niño y aspirando siempre á realizar el conocido aforismo que sirvió de base á Locke en su sistema de educación: "Dar al hombre en un cuerpo sano una alma sana."

Si, pues, la mujer necesita prepararse para dar lleno cumplimiento á sus deberes, enseñémosla no solo á ataviarse y cortar sus trajes, sino á conocerse así misma estudiando algo de su naturaleza tanto física como moral observando las diferencias que la separan del hombre, y disponiéndola á fijarse muy particularmente en el niño desde los primeros instantes de la existencia de éste, para que se acostumbre á ver en cada uno de los adema-

nes y gestos del pequenuelo, no sólo una gracia que haya de celebrarse sino un movimiento, una manifestación de su alma; manifestación y movimiento que sirven de mucho á una madre para conocer la índole del niño cuya custodia le ha encomendado la naturaleza.

Y dicho está de paso que no le bastara tener solo estos conocimientos, pues aunque le prestarían servicios muy importantes no le serían suficientes para llenar su intento. Se comprende qué una vez conocida la naturaleza del sér, hay que instruirse en los medios de llevarlo á su perfectibilidad. Estos medios son tanto mas delicados cuanto mas delicada es la naturaleza de dicho sér, y por lo mismo hay que prepararse tanto mas cuidadosamente á la educación de la familia, cuanto que su resultado no es asunto de unos pocos dias, sino que lleva envuelta en sí la existencia completa de los individuos que componen la misma familia.

Ademas de las nociones de antropología y educación que, según lo dicho, ha de poseer la mujer necesita adquirir conocimientos acerca de las influencias que los agentes exteriores ejercen sobre el hombre; necesita conocer los medios de convertir dichos agentes en otros tantos elementos de vida para aquellos que la rodean y no hacen lo que de ordinario vemos, que se priva al niño de la luz, de aire, de todo lo que pide su naturaleza por creer que esto es nocivo á su salud.

¿Las ciencias naturales no deben ser conocidas, siquiera de un modo rudimental por las

mujer? Yndudablemente que sí, pues presindiendo de la amenidad del estudio y de la utilidad que le proponían para explicarse las ciencias de los fenómenos que se presentan á su vista, y aun para entender muchas veces las conversaciones más vulgares, le son del todo indispensables para que la salud de los individuos que forman su familia esté mejor garantizada; y para que, ya que la mujer toca dar principio á la educación de los niños, sepa resolver las dudas que les ocurren; dudas nacidas de un talento sin cultivo y por lo mismo demasiado sencillas, es verdad; pero que nos abisman muchas veces en un caos del que no podemos salir sino pena de incurrir en grandes errores e inculcar en ese talento ideas inexactas desaprovechando así momentos muy oportunos para preparar convenientemente aquella inteligencia.

Inútil será decir que al educar la mujer debe hacersele amar las tareas domésticas, aquellas aenas que tiene que desempeñar día por día. Ya se comprende que las operaciones más comunes del cálculo, la economía doméstica, el arreglo de las piezas de ropa, etc. han de ocupar un sitio preferente en su educación; tanto por que es lo único que á muchos preocupan y lo que sólo buscan en la mujer, como que es lo que siempre y á cada paso le es tan poner en práctica.

Las artes bellas por referirse de un modo directo á las facultades características de la mujer, la imaginación y el sentimiento, deberían ocupar uno de los primeros lugares en el programa de las materias que han de enseñarsele; y enton

ces lejos de lamentar en ella una melancolía y un romanticismo, las más veces ridículos, conseguiríamos que estas preciosas facultades se encaminaran á la verdadera belleza y no aspiraran sino á su perfecta realización.

Quizá parezca exagerado á muchos todo lo que para la ilustración de la mujer proponemos; quizá para muchas jóvenes que hasta estos momentos no conocen á que punto llega la importancia y trascendencia de su misión aparezcan exigentes y aún petulantes, pero la verdad es que ningún individuo podría señalarnos como inútil á la mujer una sola de las materias que hemos apuntado, ni joven alguna si se pone á pensar sobre quién es y para qué existe, podrá decir que le exigimos mucho y queremos que pase su vida consagrada al estudio.

Se nos dirá, por último, que pretendemos mucho, que soñamos, que nuestra obra es irrealizable; pero á todo esto responderemos imitando al sublime Galileo, cuando en presencia de los que juzgaban pronunció aquellas hermosas expresiones: "y sin embargo, se mueve." Y sin embargo, digamos nosotros, veremos realizados nuestros deseos, no ahora ni tan pronto como quisiéramos; pero si tan luego como nuestras ideas se popularicen, como las jóvenes se dediquen á conocerse y las madres se acostumbren á ver en sus niñas otras tantas mujeres en miniatura, que deben preparar para que cumplan más tarde los importantes deberes de que ellas mismas se hallan investidas.



DISCURSO pronunciado por el alumno del
Ynstituto Científico de San Luis Potosí, Dn.
Miguel R Soberón en el jardin Colón,
la tarde del 12. de Octubre de 1892.

Señor Gobernador:

Señores:

He aquí un momento siempre difícil, y más difícil aún para mí, tanto por la magnitud del asunto, cuanto por lo que infundadamente pudierais esperar de mí. Si en vez de pensarse con la inteligencia se pensara con el corazón; si fuese posible que el sentimiento se convirtiese en idea y en elocuencia la gratitud, entonces la tarea de esta tarde sería para mí sobradamente fácil, por que con sólo dejar franca la puerta á la gratitud, que todos los hijos de este continente debemos al ilustre descubridor del Nuevo Mundo y á la hidalga nación española que ilustró nuestro suelo, brotaría de mis labios á torrentes la inspiración, esa inspiración oratoria que no alcanzo, y que mueve como hilo misterioso todos los corazones, haciéndoles latir á un sólo compás y confundiéndolos en un mismo

sentimiento, como el amor á la Patria en instante supremo hace estallar á todos sus buenos hijos en un solo grito de combate, y como el sentimiento religioso ante la augusta solemnidad del templo, hace prorrumpir á todas las almas creyentes en una sóla y fervorosa plegaria. En esta fiesta augusta con que se envanece San Luis Potosí, y en la que veo dichosamente representadas á todas las colonias extranjeras y á todas nuestras clases sociales, á quienes la junta de estudiantes da las gracias por su cooperación; por que en esta fiesta honráis á Colón y en Colón á la humanidad entera, pues como dijo en nuestras asambleas su digno iniciador en esta ciudad, "en aquel sér se esumen en grandioso compendio todas las fuerzas y todas las aptitudes humanas." Y agregó: "Recorred las grandes figuras de la Historia y veréis como por encima de ellas se levanta la de este genio portentoso." Y no creáis que esto es una hipóbole de mi fantasía caldeada en estos instantes por mi sentimiento. Colón es mas grande que Alejandro, con haber llevado Alejandro en la punta de su espada el testamento de la Grecia; mas grande que Anníbal, con haber atravesado Anníbal, para caer sobre el corazón de su eterna rival, fragosidades ante las cuales retrocedía la misma fuerza de la tempestad; mas grande que César con haber pasado Cesar el Rubicón contra Roma, para hacerse soberano de la soberana del mundo; mas grande que Fídias, con haber dado Fídias palpitación al marmol inerte; mas grande que Murillo, con haber hecho Murillo flotar sobre sus lienzos las bendiciones del

cielo; mas grande que Homero, con haber condensado Homero, en una inspiración todas las riquezas de la civilización helénica, como se confundían en un rayo de sol todos los cambiantes del iris; mas grande que el Dante, con haber arrancado éste para los dominios de la poesía lo que era secreto y sagrado de la fé; mas grande que Cervantes, con haber matado Cervantes un siglo de una carcajada; mas grande que Aristóteles y que Newton, con haber descubierto el primero la unidad de las fuerzas intelectuales en la dialéctica, y el segundo la unidad de las fuerzas cósmicas en la gravitación; mas grande que los guerreros, y los sabios, y los artistas, por que los guerreros cuentan sus fuerzas y miden sus peligros; los sabios conciben un principio en la paz de su estudio, que luego otros hombres y otras generaciones realizan. Los artistas desenvuelven un bello pensamiento en los campos apacibles de su fantasía; pero Colón es al mismo tiempo el guerrero esforzado que lucha consigo propio, con la ignorancia ó mala fe de las gentes, con las borrascas del mar, con los desmayos de sus compañeros, con lo azaroso de su empresa; es el sabio que á la luz de su reflexión mira flotar un mundo en los abismos de su conciencia y lo arranca de allí para hacerlo surgir de este lado del Atlántico; es el artista que se enamora de una idea y le presta el calor de su sentimiento, y realiza por sí mismo la más grande epopeya de los siglos; es el hombre extraordinario, en fin, que cuando ya había logrado el afán de toda su vida; cuando ya había logrado que supensamientos cobija-

se bajo los pliegues de la bandera española, que sólo bajo los pliegues de la bandera española podía cobijarse tan alta empresa; cuando ya había dado el abrazo de despedida al padre Marchena, al venerable y tierno padre Marchena, su segunda Providencia; cuando ya se había hecho á la vela en esas playas donde las escuadras extranjeras no ha mucho celebraban con estruendoso entusiasmo el hecho realizado hace cuatrocientos años, tenía aún delante de sí lo desconocido, acaso lo quimérico; detrás, la saña implacable de los hombres; sobre su cabeza, el cielo no siempre diáfano; bajo sus piés, el abismo siempre abierto; dentro de sí, las negras brumas en que siempre se envuelve la esperanza; fuera, y en torno suyo, la rebelión latente y amenazadora; sin mas escudo que su fe, sin mas armas que la caña frágil que oprimía con sus manos, sin otra voz amiga en aquellas horribles soledades, que el incesante y ronco hervidero de las olas.

Pero Colón lucha con fe y la fe es madre del heroísmo; esa fe es la que pone la espada en la mano del guerrero y lo conduce á la victoria, es la que pone el cincel en la mano del artista para arrancar un latido de amor al corazón de la roca, es la que pone la pluma en la mano del poeta para copiar las mas puras armonías de la tierra y del cielo; es la que lleva la elocuencia á la palabra del orador para señalar un punto de luz en los abismos de la conciencia; es la que lleva una energía sublime á la mano que une las olas de apartados mares, al lente que descubrió las ocultas maravillas de la Naturaleza, al ara-

dó que surca la tierra, á la constancia del mar-
 tir que cae en la arena del circo bajo las garras de
 los tigres de Hircania, á la cruz del misionero que
 dejando hogar, y familia, y patria, va hasta los
 últimos confines del mundo á sufrir todas las in-
 clemencias de la tierra por conquistar una alma
 para el cielo. Esa fe es la que imprime caracter
 á Colón, y el caracter, lo mismo, en los indivi-
 duos que en los pueblos es la señal de su destino:
 quitad á los individuos y á los pueblos su carac-
 ter, su espíritu, y veréis caer de su mano el arma
 de combate, el instrumento de labor, y la pluma,
 y la lira, y la paleta, y el cincel; quitad á Feni-
 cia su caracter mercantil, á Grecia su caracter
 estético, á Roma su cacter jurídico, á los ger-
 manos su individualismo, a los árabes su espiri-
 tú creyente, á la moderna Alemania su caracter
 filosófico, á la Inglaterra su caracter práctico, á
 Rusia su caracter absorbente, á América su ca-
 racter emprendedor, á Italia su espíritu místico,
 á Francia su caracter político, á España su ca-
 racter caballeroso; y ni Fenicia fundara sus colo-
 nias, ni Grecia será el modelo de las creaciones
 artísticas, ni Roma será la soberana del mundo,
 ni los germanos echarán el cimiento de las nue-
 vas nacionalidades, ni los árabes harán sus con-
 quistas, ni Alemania será el cerebro de Europa,
 ni Inglaterra será el centro del comercio, ni Ru-
 sia logrará sus extensos dominios, ni Italia será
 jaro moral del mundo, ni Francia formará sus
 costumbres públicas, ni América producirá sus
 inventos maravillosos, ni España realizará sus
 grandes epopeyas históricas.

¡Oh, tu, Patria, mi patria adorada! Tú, que

entraste en las corrientes de la vida social des-
 de que, ha 400, años, puso el insigne Colón su
 planta en la nueva tierra que completaba el or-
 be, acentúa tu caracter y da caracter á tus hi-
 jos; y la obra de Colón será fecunda, y tu llena-
 ras con esplendor y brillo tu destino providen-
 cial en la historia.

EN LA GRUTA DE CANOAS.

A la memoria de la

Sra Juana D. Gutiérrez de Diez Gutiérrez.

Dentro de muy breves dias (el ocho de marzo)
 hará un año que, lejos de la ciudad, buscaba
 calma el espíritu fatigado en regiones donde la
 luz se difunde como una mirada inmensa de los
 cielos, y donde el aire dilata el pecho como una
 caricia estremecedora de las selvas.

Era el medio día. Apercebidos estábamos pa-
 ra emprender una jornada hasta las primeras
 estribaciones donde la gigante sierra presente
 esa monstruo a herida que los torrentes del di-

lució abriera tal vez y que la ciencia y el trabajo del hombre han tanteado con ese enorme estilete de acero de los rieles. Nos dirigíamos al Cañón de Guerrero.

Antes quisimos esperar las noticias que presto llegarían de la ciudad pocos días antes abandonada, y aguardábamos con impaciencia y temor. Nos habíamos separado de ella dejando la peste que asolaba hogares y tronchaba vidas, sin respetar gerarquías ni edades, igualándolo todo con el nivel que rasa la tierra á la misma altura sobre los sepulcros. Allá habíamos dejado padres, esposas, hermanos, amigos; afecciones hondísimas del alma; y temblábamos temiendo se nos dijera que alguno de esos seres adorados había sido atacado por la epidemia. Y ¡ay! ¡cuán pronto tuvimos ocasión de confirmar, por una vez más en nuestra vida, que el corazón es el gran profeta de la fatalidad!

La mañana de ese día se atavió con sus tocas de luto y un pueblo entero lloraba á esa hora la pérdida de una de sus más caras prendas.

La honda melancolía que se apoderaba del espíritu en presencia de la muerte invadió nuestras almas. Emprendimos la caminata tristes y pensativos; y aventuramos los primeros pasos por un camino áspero y pedregoso. La cuesta se empinaba retorciéndose entre peñascos grises y calcinadas rocas; la vegetación era espinosa y cenicienta; y el sol, encendido en el cenit, flameaba sobre la dilatada vereda cubierta de giraros calizos que la hacían semejar al sende-un osario.

A poco el paisaje fué variando paulatinamente:

la vegetación iba creciendo y el suelo tapizándose de hierba. La suavísima ondulación de las colinas sucedía á las abruptas arideces que atrás dejábamos. El sol bajaba majestuosamente y el aire perfumado de los cercanos bosques refrescaba nuestras frentes á la par que nuestros corazones se impregnaban de esa dulce calma que la naturaleza augusta y grande de los campos sabe inspirar aun á las almas más heridas por la tribulación ó desoladas por el todo.

Remontamos la cumbre, penetramos en una hondonada, y al descender apareció á nuestros ojos el vallecito verde, fresco, con su cinturón de colinas y su diadema de montañas altísimas y salvajes. En el centro, como una garza dormida, descansaba la casita blanca, y más lejos el humo de la chimenea estremecía en el aire su flotante penacho.

Llegábamos á Canoas á la vez que el sol se reclinaba en las gasas blancu sinas que cubren su lecho del ocaso y se envolvía en la púrpura llameante del crepúsculo.

II

Al descender al valle alegre parloteo del agua nos anunció la cercanía de un riachuelo que vadeamos á poco, y remontando su corriente llegamos á una muralla de piedras acantiladas y gigantescas. A su pie se extendía un romanso transparente y tranquilo, quebrándose, encastrujándose en sus orillas, por el chorro del manantial que se filtraba de las hendeduras de la piedra. El garrulo borbollón saltaba cerca, donde dos rocas tapizadas de muzgo verdinegro y empenachadas de campánulas blancas y moradas, for-

maban un ángulo tenebroso. Hasta allí llegaba el remanso que iba dilatándose y convirtiéndose en un pequeño lago que luego se incrustaba en la enorme abertura de las rocas. Aquella era una gruta, una encantada y misteriosa gruta de donde surte el riachuelo límpido y sereno que va creciendo, creciendo al descender por los peñañales de la montaña, y se agranda y se precipita en cascadas, y salta descendiendo en espumas, y se desgrana en perlas y diamantes, y muge con estruendo pavoroso hasta formar, á muchas leguas de distancia, el río ancho y profundo de Tamazopo, que va á hundirse, ya revuelto y confundido con otros cien, en la inmensa vorágine del Atlántico.

A la claridad del crepúsculo, escuchando los rumores últimos de la tarde y el murmurio de la corriente, un indefinible bienestar se apoderó de nuestras almas y en religiosa contemplación permanecimos absortos por breves momentos.

¡La Gruta de Canoas! Deseábamos conocerla y penetrarnos en ella. La obscuridad era profunda y echamos mano de luz artificial para contemplar el antro. Era un lugar fantástico donde el granito formaba cortinajes y columnas, arcaadas y estribaciones. En los muros había signos y letreros. El primero que se estampó en nuestros ojos fué el de la dama que diez horas antes devolvía á su Criador el espíritu inmortal que le prestara y con el que atravesó este árido camino de la vida.

"Juana Díez Gutiérrez:" con caracteres inseguros, amarillentos y borrados en parte por el musgo, parecía que el letrado aquel era el epita-

fo escrito sobre su tumba. Pero no: aquello era sólo el sepulcro de un nombre. ¡Y que sepulcro! Lejos de los rumores del mundo, del brillo de las ciudades, de los tumultos de la tierra; y enterrado, escondido allí, entre las salmodias majestuosas y selmne de los bosques, teñido á veces por los reflejos opalescentes del agua y á agitado veces por el estruendo tumultuoso de las tempestades. Oculto aquel nombre en aquel lugar, como se oculta el pudor, como se oculta la modestia, como se ocultan las buenas obras, parecieron en momentos tales, que era como un saludo ó una despedida enviada á la tierra desde las más misteriosas profundidades de la Eternidad!

Un sacudimiento estremeció todo nuestro ser, y la ola de melancolía que nos embargara momentos antes, se convirtió en un mar de tristeza infinita que inundó por completo nuestros espíritus.

Salimos de la Gruta el excelente amigo que me acompañaba y yo, sin hallarnos; pero al vernos leímos en nuestras miradas los mismos pensamientos y las mismas ideas.

Ya las últimas claridades de la tarde se recogían, en el Poniente y la masa negra de las sombras subiendo desde los barrancos hasta las colinas y desde las colinas hasta las montañas, escalaban la altura de los cielos.

Sentado sobre un viejo tronco que las ondas del remanso lamían gráciles y murmurantes, se agolpó á mi cerebro todo un panorama fantástico á veces, á veces real de hechos y cosas, vistos unos, adivinados otros, en diferentes tiempos y lugares: toda esa inmensa y mudable

sucesión de cuadros que vienen á formar la historia de la vida.

III

La ví, á través del tiempo, niña alegre y bulliciosa, tal vez cuando su mano trazo el letrero que tan honda tristeza nos infundiera. Parte de estas comarcas perteneció á sus padres; y por el valle y las laderas, á la orilla de los arroyos, bajo la sombra de los sabinos y entre el cañaveral garrulador, los ojos de mi imaginación la contemplaron ondulante y ligera, reflejando en sus mejillas la concha náyca de las auroras tropicales y en sus pupilas el fulgor centellante de los astros de estas noches profundas.

Luego, ya adolescente con los ojos del recuerdo, la ví atravesar por paseos y salones, esbelta, airosa, respirando vida y juventud. En sus miradas dormía el ensueño y el negro dosel de sus pestañas le cobijaba para no despertarlo. En sus labios la sonrisa fulguraba como la luz de un silfo sobre una rosa y su cabeza escultórica se erguía para bañar su frente en las blancas limpideces del espacio.

Más tarde, la ví también bajo las augustas bóvedas del templo. Su olímpica apostura se destacaba entre la brillante muchedumbre que la admiraba. Los himnos nupciales la envolvían en sus ondas armoniosas y los azahares blancos en su caricia de perfumes. Su velo vaporoso la cubría para no dejarle ver más que las sonrisas del amor. El Pastor, coronada la venerable cabeza con la bicorné mitra y el báculo de oro en la mano, la bendijo en el nombre de Dios y en el nombre de Dios la unió para siempre al elegido

de su corazón. Las luces de los cirios se cuajaron en el negro cristal de sus ojos y el dosel de sus pestañas se levantó para que despertara el ensueño y se albergara en ellos la realidad encantadora.

La ví después No: la adiviné ocultándose modesta, con sencillo atavío, penetrar en los hogares fríos y desolados donde faltan el pan y la esperanza, donde el dolor aflige y la muerte desvasta, tendiendo su mano aristocrática para socorrer al desvalido, acariciar al niño y curar al anciano enfermo. Allí su imagen fulguraba con todos los resplandores del cielo.

Y ahora la adivino también pálida y demacrada, envuelta en negro traje, tendida sobre el lecho de muerte. Los blandones alumbraban con fulgor sombrío sus ojos ya cerrados en donde todo duerme para siempre, sus labios sin sonrisas y su frente sin ilusiones. La muchedumbre también la rodea como antaño y como antaño, la admira. Pero halla entre esa muchedumbre una gran parte de tristes y abandonados que además la bendicen y la lloran con el llanto sin término de los que pierden la esperanza.

Y más allá con los ojos divinos de la Fé, la contemplo feliz, risueña, triunfadora y augusta, llegar ante la puerta de oro y de diamantes de la inmortal Jerusalem, y entrar vestida de luz y con las pupilas abiertas á todas las esperanzas, á todos los deleites, á todos los resplandores de la Bienaventuranza eterna!

Cuando continuamos nuestro camino, la noche había caído por completo, triste, silenciosa,